

Tania Llasera

Mujer tenía que ser...

Para todas las que están hasta el coño



Tania Llasera

Mujer tenía que ser...

Para todas las que están hasta el coño

LIBROS CÚPULA

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: Tania Llasera, 2022
Revisión y versión final del texto: Anna Ubach Royo

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño
Ilustración de cubierta: © Mari Fouz
Diseño de interiores: dtm+tagstudy

Primera edición: junio de 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Libros Cúpula es marca registrada por Editorial Planeta, S. A.
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-480-2943-2
Depósito Legal: B. 283-2022

Impresión: Gómez Aparicio
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

ÍNDICE

Hasta el coño. ¿Cómo no voy a estar hasta el coño?	9
1 Curvas & rectas. La revolución de mi piel	33
2 Redes, filtros y movidas móviles	65
3 I + D personal	105
4 Ser o no ser, esa es la cuestión	155
5 Mamma mia: agarraos que vienen curvas	205
6 La etapa blanca de la vida	255
Por ti, por mí y por todas mis compañeras	295

1

Curvas & rectas

La revolución de mi piel

**«Tu cuerpo
es un
instrumento,
no un
ornamento.»**

LINDSAY & LEXIE KITE

More than a body

PERRA

Rigoberta Bandini



EL TAMAÑO NO IMPORTA

Me pregunto por qué un país tan pequeño como España está en el puesto 5 del *ranking* de las intervenciones estéticas mundiales, con 447.000 intervenciones al año.⁷ Hubiera pensado que China o Rusia nos ganarían, aunque solo fuera por tamaño, pero no... España es la quinta con solo Estados Unidos, Brasil, México y Alemania delante. Demostrado está que el tamaño no importa... ¿O sí? Mucha obsesión con la estética tiene que haber para que nos operemos más que en países más grandes. Y claro, ¿quién creéis que dentro de España se está operando estéticamente como si no hubiese un mañana, incluso en plena pandemia? Un potente 83,4 % son mujeres.⁸ Los datos no mienten, compañeras... En España estamos obsesionadas con estar guapas... ¿Por qué será?

7. Fuente: <<https://www.nuevatribuna.es/articulo/varios/paises-mas-cirugias-esteticas-realizan/20191204131312168803.html>>.

8. Fuente: <<https://www.libertaddigital.com/chic/vida-estilo/2021-12-07/el-auge-de-la-cirugia-estetica-en-espana-en-los-ultimos-anos-6844489/>>.

Reflejo de mi espejo



Siempre me he llevado muy bien con el espejo. Siempre. De niña y adolescente pasé tantas horas delante de él que éramos mejores amigos. De hecho, jugaba a entre-vistarme a mí misma mucho antes de ser famosa o tener idea de qué carrera elegir (que me costó Dios y ayuda, la verdad). Eso sí, me tengo muy estudiada, me sabía todas las poses, cómo me favorece la luz y cuál es mi lado bueno y malo mucho antes de «necesitar» esta información para el trabajo delante de la cámara.

La relación que mantenemos con el espejo es muy compleja, y suele hablar alto en cuanto a nuestra relación con nosotras mismas.

Tu relación con el espejo refleja cómo te quieres. Hace poco comencé a regalar a mis amigas por sus cumpleaños mi tiempo, una especie de asesoría de imagen personalizada de tu amiga Tania. Les hago sesiones de belleza, les enseño a arreglarse y a posar. Pongo mis veinte años haciendo imagen a su servicio. El regalo es un exitazo. Ellas aprenden bastante, pero mi sorpresa siempre es que yo aprendo más. He entendido que muchas, incluso una mayoría sorprendente de mis amigas, se miran cada día al espejo, pero no se ven. Mirarte y no verte. Wow. ¿Cómo puede ser? ¿Evitan observarse por falta de tiempo, de ganas o por no ver lo que les acompleja? ¿Se evaden de sí mismas al ignorarse? ¿Es dejadez o no querer añadirte a la larga lista de personas que te juzgan? ¿No hay interés?

Picada por la curiosidad, pregunté por las redes sociales a mis *followers* (una aplastante mayoría mujeres): «¿Cómo te sientes con tu cuerpo?». Muchas me contaron cómo se veían, y la lista de «odios» era larga: culo, celulitis, cartucheras, piel de naranja, tetas demasiado grandes, caídas o pequeñas, pecas, granos, estrías y

un apabullante etcétera. Parece que hubiera preguntado: «¿Qué ve la gente al contemplarte?». Y esto lleva a otras dos preguntas: ¿con qué ojos nos miramos? ¿Con los nuestros o con la mirada ajena?

Puede sonar antiguo, pero desde siempre he sentido que, de cara a la galería, lo más importante de una mujer es su cuerpo y, de eso, lo fundamental es su aspecto. Es superficial, lo sé, pero desde pequeñas aprendemos que ser guapa mola, y no hace falta ser Marie Curie para saber que no serlo no mola nada. En los patios de todos los colegios del mundo hacen *bullying* a todos los niños y niñas que se salen de la norma, que son distintos por cualquier causa. Por eso, de niñas queremos formar parte de lo que a partir de ahora llamaré «La Masa», el grupo grande de gente guay que no sufre estas vejaciones. Las más perfectas son las privilegiadas e intocables. Se nos educa para saber que nuestras armas son las que se ven: la belleza como obligación, como herramienta, como moneda de cambio, como atributo de la feminidad. Así que nos pasamos la vida —o mejor dicho, se nos pasa la vida— intentando cumplir las exigencias de belleza que imperan en la sociedad. Así de frívola y de fea es la belleza.

Más veces de las que quisiera me han hecho sentir un objeto, una cosa. Esa conducta tiene un nombre: **cosificación**. Y yo, de ser cosificada sé un rato, más que nada porque pocas profesiones se viven con más cosificación que trabajar como presentadora en la tele. En el mundillo se nos llama *muñecas*: «La muñeca va aquí... o allí». Tal cual, lo juro. A veces, durante los programas, se te acerca el que ese día es tu jefe, el que manda en la grabación de marras, y para moverte de un lado a otro en vez de pedirte que des dos pasos a la derecha, te agarra por los brazos y te lleva él. Sin palabras. Arqueo la ceja y se me pone todo el vello de punta por la rabia. No me ha pasado ni una ni dos veces, sino decenas a lo largo de los años. Puede parecer una tontería, pero me afecta bastante, me enerva, la

Mujer tenía que ser...

verdad. Me cabrea. Y, en consecuencia, mi piel se ha revolucionado. De hecho, de unos años a esta parte, ya no me callo y se lo suelo decir con educación.

Hay un fenómeno que se da cuando tu valor como persona se mide por tu imagen: tu identidad se divide en dos, la mujer que vive su vida y la que la juzga. Vives condicionada, juzgada por tu reflejo. Se entabla una batalla en cada cuerpo: tú y tu reflejo en el espejo. Hay un diálogo interior con esa jueza que vive dentro de ti. Te llama «gorda» o «asquerosa» cuando decides comerte la hamburguesa del menú, te tilda de «vaga» por no hacer ejercicio o por no saber seguir una dieta, y se pasa la vida amargándote la existencia, creándote odio y rechazo hacia ti misma. Esta relación tóxica contigo no es sana. **Lo ideal es volver a ser una sola mujer: la que vive su vida de manera completa, sin etiquetar su reflejo.** Fácil de decir, complicado de aplicar. Quizá debamos desaprender algunos comportamientos programados que hemos normalizado. Compañeras, no lo son. Es importante que seamos conscientes de cómo nos hablamos. Tengo una amiga que siempre dice que debemos hablarnos como si fuésemos nuestras abuelas, con ternura y amor incondicional. Mimarnos hasta con las palabras que no se oyen.

Mi cuerpo no es decoración, no soy una estatua, un maniquí ni una puta muñeca. Soy una persona. Cuando una industria, toda la sociedad o tu entorno, vaya, valora ante todo nuestra apariencia, nos cosifica. Y la consecuencia natural de nacer, crecer y vivir en un ambiente en el que las mujeres somos cosificadas es aprender a ver nuestro cuerpo con ojos externos. A eso se le llama **autocosificación**. Si solo te valoras por tu físico, te autocosificas sin saberlo, y esa relación contigo misma se puede volver muy tóxica. Este proceso va muy rápido. Monitorizamos cómo nos vemos y cómo se nos percibe mucho antes que cómo nos sentimos, por ejemplo, cuando debería, idealmente, ser al revés.

Como os decía, he sido cosificada hasta el aburrimiento, aunque en aquel tiempo no era consciente de ello. Hace muchos años trabajaba en televisión en el horario más golfo presentando los debates de *Mira quién baila* y *Supervivientes*, y en los programas *Mira quién mira* y *Resistiré, ¿vale?* Hacíamos auténticas maravillas en audiencias y nos veían millones de personas. Mis modelitos eran muy comentados, y yo disfrutaba de salir guapa en la tele, claro que sí, y de hacerme respetar por los colaboradores, que no siempre era fácil. Mucha gente todavía no entiende cómo funciona la tele respecto a la ropa que llevamos. La cadena viste a sus presentadores, no a los colaboradores. Tu estilista te invita un día sin grabación a hacer lo que se llama una «prueba de vestuario». Después de que te lo pruebes todo y de escoger lo que os gusta tanto a ti como a la estilista, las sastras lo arreglan todo para que luzcas bonita. A mí me ponían los vestidos más arriesgados que, por cierto, me cortaban a la altura del *sponsor*, al que llamábamos afectuosamente «el *buyuyu*». Recuerdo una vez que me pusieron un vestido que era un corsé largo, rollo *Los Bridgerton*. No recuerdo por qué tuve que ponerme un momento de rodillas, pero tenía tan restringido el movimiento que no podía levantar la rodilla para alzarme. Había tal cacareo que nadie oía mis gritos de auxilio, socorro, pidiendo que alguien me ayudase a levantarme. Ahora lo recuerdo con risas, pero fue dramático. Por fin, después de unos interminables minutos, alguien me ayudó a ponerme en pie. Por supuesto, una mujer.

¿En qué momento se decretó que las mujeres, para sentirse estupendas, debían tener un aspecto fabuloso, pasando por corsés, tacones imposibles y uñas con las que no puedes ni tocarte un ojo sin sacártelo? ¿Por qué? Y más importantemente aún, ¿para quién?

Mujer tenía que ser...

El culpable es «La mirada masculina» (*The Male Gaze*),⁹ un término académico de los años setenta que se refiere a cómo el contexto de los medios representa con una mirada masculina que cosifica a la mujer como un objeto deseado. Sencillamente, la tele, el cine, las revistas y ahora las redes sociales asumen que debemos estar «enmarcadas» (embellecidas, editadas) para ser deseables, para merecer el amor. Es nuestro contexto el que, desde pequeñas, nos manda lo que tenemos que hacer y lo que no. En el caso de las mujeres adultas, está meridianamente claro. Los medios nos tratan como «espectáculos para ser vistos» más que cómo a personas sintientes. Pero, chicas, no somos ornamentos. Nuestro cuerpo es nuestro instrumento, y es fundamental que nos unamos contra esto que sucede cada vez más de cincuenta años después de haber acuñado el término *The Male Gaze*.

Si lo hacemos todas, es mejor

Siempre que pienso en la **sororidad** me vienen a la mente los baños de chicas de los bares españoles. Por costumbre, seguro que estamos de acuerdo en que están hechos un asco, y te ves obligada a hacer pis imitando la figura de un aguilucho, intentando no manchar ni mancharte. Si vas «contenta», hasta te agarras al manillar de turno. Y reza para que te queden clínex en el bolso porque, afrontémoslo, casi nunca hay papel. Pues bien, eso para mí es el ejemplo perfectamente sucio de

⁹. Laura Mulvey, *Placer visual y el cine narrativo*, Screen, 1975.

la falta de hermandad entre mujeres: no tener pensamiento colectivo, mear solo para ti.

Hace años estuve en una fiesta de Nochevieja en un discotecón enorme en Suecia —a -27 grados en la calle, por cierto—. Lo impor-

tante del caso es que los baños estaban immaculados, como si fuesen los de tu casa. Quedé impactadísima. Llegué a la conclusión de dos hipótesis del pis:

- a. Todas se sientan en la taza del retrete y, por lo tanto, está limpio.
- b. Cada una limpia el retrete antes de que entre la siguiente para que se encuentre la taza limpia. Además, es de listas limpiar tu propio pis antes que el de otras.

Consideración y empatía, pensamientos colectivos, colegas de baño. Esa es para mí la sororidad, ayudarnos unas a otras, haciendo siempre lo que te gustaría que te hicieran a ti. «Pásame el papel, anda, porfa», «¿Alguien tiene una compresa?»... Estas cosas tan normales deberían ser la norma

«En realidad, no competimos con otras mujeres. Finalmente competimos contra nosotras mismas, con cómo pensamos sobre nosotras. Para muchas de nosotras, al mirar a otras mujeres, vemos mejores versiones de nosotras: más guapas, más listas, más algo. No vemos siquiera mujeres.»

EMILY GORDON,
autora de *The New York Times*

Mujer tenía que ser...

dentro y fuera del baño. La faenas de ser mujer deberían de hermanar, ¿no?

Hablemos de cuando la sororidad brilla por su ausencia, cuando es un «mujer contra mujer»: ¿por qué somos tan fieras, competitivas y criticonas las unas con las otras? Cuando quiero caer bien en un grupo de mujeres, uno de mis trucos es no arreglarme demasiado para que no me perciban como una amenaza. Si no voy muy guapa, es más fácil caer en gracia. Creo que esa típica conducta femenina del «aplastamiento emocional» de quien piensas que es tu competencia dice más de quien critica que de la que es criticada. Todas salimos perdiendo. Criticar es como una tiritita: te hace sentir bien un segundo y luego estás peor (si tienes conciencia). La persona criticada no quiere que la traten mal, y menos otra mujer. Claro que no todas son del tipo que compite con las otras. Cada vez somos más las que estamos «trabajadas». Cada vez somos más las que hemos hecho un trabajo consciente por mejorarnos, y pensamos que, en vez de competir, deberíamos construir puentes entre nosotras. Debemos ayudarnos, auparnos, empoderarnos en el sentido real. Como dije en mi TED TALK, somos personas iluminadas con nuestra propia luz interior, mujeres que no apagamos la de las demás para brillar, sino que sabemos, con potencia, que hay luz para todas.

En realidad, no competimos contra nadie externo. Cuando criticamos y competimos con otras, nuestra batalla es personal, un reflejo de cómo nos sentimos por dentro. Competimos contra nuestra sombra, y en este túnel tan solitario no hay luz, pero sí tiene salida. No sé quién dijo: «Las chicas compiten, las mujeres nos empoderamos las unas a las otras». Estoy muy de acuerdo. En cuanto hacemos el clic mental de que «juntas somos más fuertes», la vida es más fácil. Si nos apoyamos entre nosotras, ganamos todas. Hay luz al final del túnel, amigas.

Las conductas tóxicas básicas que tenemos las chicas entre nosotras son dos: la competición con consecuente crítica y el juicio al cuerpo ajeno. Gracias a la unión del sentimiento de sororidad que tenemos las mujeres, ambos temas están muriendo cada día un poco más. Pero admito que, a veces sin darme cuenta, peco de juzgar el cuerpo ajeno o incluso de competir. Son conductas que tenemos tan interiorizadas que son casi invisibles, a menos que intentes mejorarte a diario. Hay comportamientos que antes tenías de forma inconsciente que, en cuanto los reconoces, decides cambiarlos. Es aquello de desaprender lo aprendido para aprender algo nuevo y mejor.

Mucho me temo que ser presentadora de televisión te prepara para el juicio a tu físico que viene de gente que ni te conoce. Las famosas estamos en primera línea para sufrir el *bullying* sobre nuestro aspecto. Trabajamos en la pantalla, vivimos expuestas a la opinión pública. Enmarcadas para ser comentadas. Aprendemos a sobrevivir en una diana diaria donde toda hija de vecina puede vernos y opinar. Y lo hacen gracias a las redes sociales. Te llega todo ese odio y amor (que no solo hay *haters*, también hay *lovers*) de manera gratuita y directa. De hecho, en algunos de mis contratos televisivos había una bonita cláusula que especificaba que no podía cambiar mi aspecto. Literal. Y otra que me negaba el derecho al veto a ningún programa. Es decir, que te endosen lo que te endosen, estás obligada a presentarlo. No puedes decir que no. Vamos que la tele, como el corsé que te impide mover, es más restrictiva de lo que imaginamos.

EL MAREO ESTÉTICO DEL CUERPO FEMENINO DURANTE LA HISTORIA

Ningún proceso es lineal, y menos el de las mujeres a través de los siglos. Cuidado, que vienen curvas, y no las que estás pensando...

En el **Renacimiento** hubiera ligado sin parar. Era mi época, pero nació tarde: mujer voluptuosa y curvilínea, con piel de porcelana, pelo rubio y largo, ojos claros, cadera y tripita redonditas, elegante y delicada, con dedos largos y finos. Menos los dedos finos, lo cumplo todo, Mari Puri. ¿Y quién mira las manos? Como decía mi abuela —que tenía unos pies preciosos los cuales alababa todo el mundo (y le ponía del hígado)—: «Qué pérdida de tiempo mirarme los pies. ¿Tan poco interesante es lo que digo que has de mirármelos?».

Saltemos en el tiempo a las Kardashian de **1910**: las *Gibson girls*, que fueron dibujadas, literalmente, por Charles Gibson. Mujeres fantasía inventadas por un hombre para inspirar una mujer más inocente, más frívola sobre una bicicleta. La *Gibson girl* no se

manifestaba, ni protestaba, ni pedía el voto ,como otras de esa década. Con ella se intentaba orquestar que las mujeres volvieran a ser chicas, más frívolas y menos reivindicativas. No hubo suerte, señores.

En los **locos años veinte** se decía que las mujeres dejaron de comer para fumar y beber clandestinamente. Brazos y piernas salieron a la luz, y el corsé se tiró a la basura. La nueva chica de moda era la *flapper*, una mujer bailonga que se movía a su ritmo y al son del *jazz* espontáneo y que se cortaba el pelo en *bobs*, libre de toda atadura. La Primera Guerra Mundial tuvo mucho que ver con esas ganas de vivir. *Carpe diem y carpe noctem*.

¿Nunca habéis oído eso de que para llenar el sujetador hay que comer miga de pan? En la década de 1930 se inventaron los modernos sujetadores con copa y el pecho volvió a estar de moda. Se recuperaron las curvas, junto con una nueva dieta: la miga de pan. Pasamos de la liberación femenina en la Segunda República española, a la represión de nuestras madres y abuelas en la España oscura de Franco. Como dijo Gloria Steinem: «El autoritarismo comienza con el control sobre el cuerpo de las mujeres». Pues eso.

Los años cuarenta fueron angulosos: seguimos en plena Segunda Guerra Mundial. Las mujeres entran en el mundo laboral para ayudar a ganar la guerra. Las hombreras arrasan, ya que las mujeres gustan ahora algo más masculinas, más cuadradas de figura. Mujeres como Katherine Hepburn (1,72 m) o Rita Hayworth (1,68 m), más altas y poderosas, son la última moda.

En la **década de 1950** termina por fin la guerra y nosotras otra vez a la cocina, al hogar. Llega la ultrafeminidad, el *Va va voom* femenino, una orgía de curvas de proporciones espectaculares del tipo exagerado de Jessica Rabbit. En este momento nacen tanto la *Barbie* como la revista *Playboy*. La mujer vuelve a ser suave y voluptuosa. Y las mujeres delgadas de los cincuenta pasan de comprar

Mujer tenía que ser...

píldoras para «rellenar sus curvas» (que a saber qué llevaban) a tomar pastillas para adelgazar a base de anfetaminas (y sin receta) en los **años sesenta**. De hecho, de aquí nace el plan para perder peso con reuniones y dietas *Weight Watchers* ('en tu línea'). Las chicas «palito» están *in*. El estandarte, la modelo Twiggy. Ella representa el ideal de la época: una mujer sin curvas, de piernas eternas y aspecto de muñeca andrógina.

Un pequeño paréntesis: durante la **dictadura española**, el canon de belleza de la represión era el de la «mujer mansa»: una hija, esposa, hermana y madre sumisa, condenada al hogar, relegada a la domesticidad, abnegada al cuidado de su familia. Y punto. Obedientes, así se llevaban las mujeres de la época. No teníamos potestad ni para abrir una cuenta bancaria sin permiso, sacarnos el pasaporte o ir a dar un paseo solas. Siempre relegadas a un segundo lugar que, aunque hayamos avanzado mucho, ha quedado en una especie de poso para nosotras.

En los **setenta** muere Franco y se retoma con energía un nuevo proyecto feminista, un proceso de empoderamiento y de recuperación de los derechos de las mujeres. Esta década olía a fiesta. El tabaco se anunciaba como alternativa a la comida, llegaron las dietas bajas en carbohidratos de la mano de las divas de la música disco. Míticos los pantalones de campana y los tejidos sintéticos que no dejaban nada a la imaginación, pero volvieron las curvas femeninas (como siempre). La chica poster de la década fue Farrah Fawcett: torso perfecto y largo, atlética y bailarina, con unos bucles en cascada de infarto.

De los **años ochenta** me acuerdo perfectamente. El *fitness* vino de la mano de la *lycra* que Jane Fonda puso de moda junto con el aeróbic. El *jogging* llegó para que abriéramos la mente sobre hacer deporte en plena cuidad y, por primera vez, los músculos fueron

aceptables y apetecibles en el cuerpo de una mujer. El tipo de Elle Macpherson (apodada *El cuerpo*) era el furor del momento.

En España, esta década es un despertar. Tras años de represión, por fin la libertad de la democracia. El miedo había cambiado de acera. Tiempo de transición, del destape y de La Movida. Por fin las mujeres éramos libres de estar «al borde del ataque de nervios», desquiciarnos o triunfar alegremente sin miedo a represalias. En este momento llegaron las chicas Almodóvar, un ejemplo internacional de la mujer española fuerte y colorida que hace y deshace a su gusto, que no pretende ser una niña buena, con autonomía de pensamiento y acción. Mujeres empoderadas capaces de construir su vida, fieles unas a otras. Porque estamos juntas en esto de ser mujeres. Desempolvo también en sus películas a las invisibles y silenciadas: homosexuales, bisexuales, travestis y trans. Convirtió en protagonistas a miembros de la sociedad que, más que menos, tenían que esconderse para sobrevivir. Puso un foco en sus vidas, arrojando luz sobre ellas para que las viera bien «el ciego que no quiere ver»: la sociedad. Gracias, Pedro, por ayudarnos a ser algo más libres, algo más colorid@s, algo más alegres dentro de la tragi-comedia que es nuestro país. Aplauso.

En los ochenta se siembra la futura revolución de la identidad de género que vivimos hoy en día. Un aplauso para todes, seamos como seamos.

Frenamos los aplausos. La **década de los noventa** se divide en dos. La viví de adolescente, así que la recuerdo bien. Al principio se instauraron las *top model* como iconos: Naomi, Christy, Claudia, Linda, Cindy, Helena, Carla... No hace falta su apellido, ya sabemos quiénes son. Era una belleza sana y bonita que, a mediados de esta década, se volvió más oscura, más enfermiza cuanto más se acercaba el fin del milenio. Entró en las casas la guerra a la grasa como dieta y la idea de que «la grasa te pone *grosa*». La estética «*heroine*

Mujer tenía que ser...

chic» plagaba las revistas con modelos demacradas, con ojeras, y mujeres pequeñas y andróginas, con Kate Moss como abanderada.

En **los años 2000** no terminó el mundo, como algunos temían, pero sí comenzó la guerra contra el terrorismo. Aprendimos a viajar y a vivir con miedo en el cuerpo. Nos apartamos de la imagen de enferma y la sustituimos por una estética de contraste: más saludable, que diera menos miedo, que ya teníamos suficiente. Dijimos adiós a las ojeras para exclamar *aloha* ante el dorado moreno de Gisele Bündchen, con estómago plano y turgentes pechos grandes. Por fin, llegó la salud como moda.

2010 fue «culo, culo, culo». El pompis llegó con fuerza. Beyoncé y su *bootylicious*, JLo aseguró su culazo por un millón de dólares y Kim Kardashian apareció con sus curvas imposibles. En **2017** internet unió a las mujeres. El día después de la llegada a la presidencia de Donald Trump nos manifestamos contra lo que él representa 5 millones de mujeres en más de 600 manifestaciones por todo el globo. El fenómeno #MeToo también inundó internet con testimonios de mujeres acosadas unidas contra el silencio. Ya nunca más nos sentimos solas. Había nacido la sororidad cibernética. Bienvenida sea siempre. Amén sin aplauso.

Y llegamos a la **actualidad**: si eres joven, la cirugía vuelve posibles las curvas imposibles. Kendall Jenner y Bella Hadid son el estandarte de belleza posible a golpe de cirujano, aunque Bella ha admitido hace poco que se arrepiente de haber borrado a sus ancestros de un plumazo con una rinoplastia con solo catorce añitos. Repito: catorce años. Wow. Ahora es el rostro el que se convierte en un lienzo en el que actualizarse: *foxy eyes* y labios rusos son la nueva moda de cirugía no invasiva. Los mejores aliados si no eres tan joven: el bótox y el ácido hialurónico. Estas y otras innumerables técnicas ayudan a muchas mujeres a sentirse eternamente jóvenes y jugosas, ya que el canon de belleza actual se basa en aparentar

juventud y tener una figura firme. La presión por comer *healthy* y estar *fit*, practicar yoga, seguir el *wellness* y obtener un *thigh gap* es abrumadora. Además de salpicar la vida de una española normal con palabras en inglés, yo definiría la actualidad como una búsqueda de una estética imposible hecha posible a golpe de talonario.

Como dijo Tina Fey en su libro autobiográfico *Bossypants*, «Ahora cada chica se espera que tenga ojos azules caucásicos, labios españoles gorditos, nariz de botón, piel sin pelo, asiática con moreno californiano, el culo de una bailarina jamaicana, piernas largas suecas, pies japoneses pequeños, las abdominales de una lesbiana dueña de un gimnasio, las caderas de una niña de nueve años, los brazos de Michelle Obama, y tetas de muñeca». Eclecticismo a la carta de rasgos. Una locura, vamos.